

# Vida y literatura

Luis Alberto de Cuenca

La verdad es que los diez años empleados por Edwin Williamson, titular de la Cátedra «Rey Alfonso XIII» de Estudios Hispánicos de la Universidad de Oxford, para el acopio de materiales y subsiguiente redacción de esta nueva biografía de Jorge Luis Borges (1899-1986) no han podido estar mejor aprovechados. La documentación es de primera mano. Las fuentes, a menudo inéditas. Numerosas las entrevistas con los principales personajes aún vivos del entorno más íntimo del maestro, realizadas ex profeso con infinidad de riquísimas aportaciones. Y qué decir de las pesquisas hemerográficas y epistolográficas, realizadas con tanta inteligencia, tanto rigor y tanto anhelo de exhaustividad.

Necesitábamos una biografía así del autor de *Ficciones*, situada completamente al margen de las pasiones enfrentadas que rodean su figura y la salpican en no pocas ocasiones de interpretaciones subjetivas y escasamente contrastadas. Estudiar la biografía de un autor es adentrarse por los laberintos últimos de su obra. Y Borges no iba a ser una excepción a esa regla. La producción literaria de un autor puede aparecérsenos, en un primer acercamiento crítico, como desvinculada de los avatares biográficos de ese mismo autor, pero no cabe duda de que ambas cosas, literatura y vida, están íntimamente conectadas, y es evidente que cuanto mejor conozcamos la peripecia biográfica de un escritor, mejor conoceremos las claves de su escritura. Después de leer *Borges. Una vida*, de Williamson, publicada por primera vez en 2004 y traducida al castellano este mismo año, nos encontraremos mucho más cerca de la perspectiva ideal para abordar su proteica y multiforme bibliografía.

---

\* Edwin Williamson, *Borges. Una vida*. Traducción de Elvio E. Gandolfo. Barcelona, Seix Barral, 2007, 638 páginas.

Por aburrimiento o costumbre, tendemos a pensar que detrás de cada genio de las artes o de las letras asoma un botarate instalado en el narcisismo e incapaz de entender el mundo y de relacionarse, de forma más o menos normal, con sus habitantes. No es ése el caso de Borges, o, por lo menos, no es ésa la sensación que nos transmite la magnífica biografía de Williamson, muy bien vertida al español por Elvio Eduardo Gandolfo, un argentino nacido en 1947 y bastante conocido en el mundillo *freak* por sus aportaciones narrativas al género fantástico y a la ciencia-ficción. Al terminar el libro de Williamson, uno piensa que Borges fue nada más, y nada menos, que «un extraordinario hombre ordinario», por servirnos de la expresión utilizada por el viejo Goethe para referirse a Napoleón.

Borges fue un tipo que no dejó de ejercitarse, a lo largo de su existencia, en las más profundas emociones y en los enamoramientos más apasionados —seguidos, claro está, de sus inevitables secuelas melancólicas—, y que vivió siempre pendiente de la Historia que lo rodeaba, adoptando una línea izquierdista en la juventud para ir poco a poco decantándose por posiciones ideológicas de carácter reaccionario, en la idea de que un sano escepticismo como el que profesaba, matizado y enriquecido aquí y allá por tal o cual detalle anarquista, se instalaba conceptualmente con más comodidad en una opción conservadora. Williamson, que ha repartido su trabajo científico entre la Historia y la Literatura, y que es autor de la *Penguin History of Latin America*, no podía permanecer insensible ante la formación y desarrollo del Borges *engagé* con el proceso histórico que le tocó vivir, y ha redactado en este sentido páginas reveladoras y llenas de sentido sobre la evolución ideológica de Borges, que terminó sus días tentado por religiones universales como el cristianismo y el budismo y adherido a posturas pacifistas.

Si tuviésemos que destacar dos mujeres en la vida del autor de *Historia universal de la infamia*, optaríamos, después de habernos sumergido durante más de seiscientas páginas en la espléndida biografía de Williamson, por Norah Lange —a la que Borges conoció mucho antes siquiera de que se hiciera novia de Oliverio Girondo, con quien se casaría y de quien enviudaría después— y María Kodama. Desde los años veinte hasta su muerte a comien-

zos de los setenta, Norah fue crucial en la vida de Borges, que siempre esperaba de las mujeres que lo condujesen hacia lo alto, como hace Gretchen con Faust al final de la obra de Goethe, cuando se dice: *Das Ewigweibliche zieht uns hinan* («el eterno femenino nos conduce hacia arriba»), o, mucho más allá, retrocediendo en la moviola de los siglos, como hizo Beatrice con Dante. A partir de lo que cuenta Williamson, queda claro que Norah, alguna vez, condujo a Borges «hacia lo alto», pero resulta meridiano que fueron muchas más las veces en que lo sepultó en los abismos infernales a lo largo de su tormentosa relación. El caso de María Kodama, la encantadora muchacha de sangre japonesa — por parte de padre— de quien Borges se enamoró antes incluso de casarse con Elsa Astete, es otro caso de *Ewigweiblich*, éste sin contraindicaciones, con el que el maestro tuvo ocasión de pasárselo en grande durante su juvenil, impetuosa y alegre vejez, en los mil y un sabrosísimos viajes que hicieron juntos, en las charlas interminables que mantuvieron, en una compenetración espiritual tan grande que, al fallecer Borges en junio de 1986, oí a María en la televisión referirse a él como «su padre, su veneranda madre, su hermano y su esposo» (tal y como se refiere Andrómaca a Héctor en la *Ilíada*, cuando ambos se despiden para no volverse a ver más). Se maneja en las calles del mundillo literario un tópico tan inexacto como detestable, según el cual Borges no estuvo interesado nunca por el amor, cuando fue exactamente lo contrario lo que experimentó desde su adolescencia hasta su muerte, La tercera mujer de auténtica importancia en la vida del autor de *El oro de los tigres* —o la primera, si observamos un orden cronológico— sería, sin lugar a dudas, doña Leonor de Acevedo, su madre.

Muchos han sido los biógrafos de Borges hasta el día de hoy: Roberto Alifano, Marcos Ricardo Barnatán, Alicia Jurado, Emir Rodríguez Monegal, Horacio Salas, Alejandro Vaccaro, María Esther Vázquez y Donald Yates, citando sólo algunos nombres. La presente biografía de Edwin Williamson —en la línea de las grandes biografías anglosajonas que echaron a andar con esa «madre de todas las biografías» que es la *Vida de Samuel Johnson*, del escocés James Boswell—, es, como dice Harold Bloom, «asombrosamente intensa y original». El que la lee se doctora en Borges. O casi. Vale la pena sumergirse en ella ©